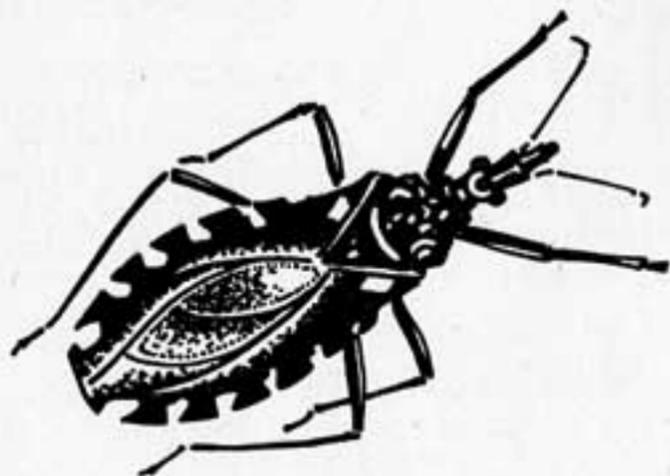


La enfermedad de Chagas*

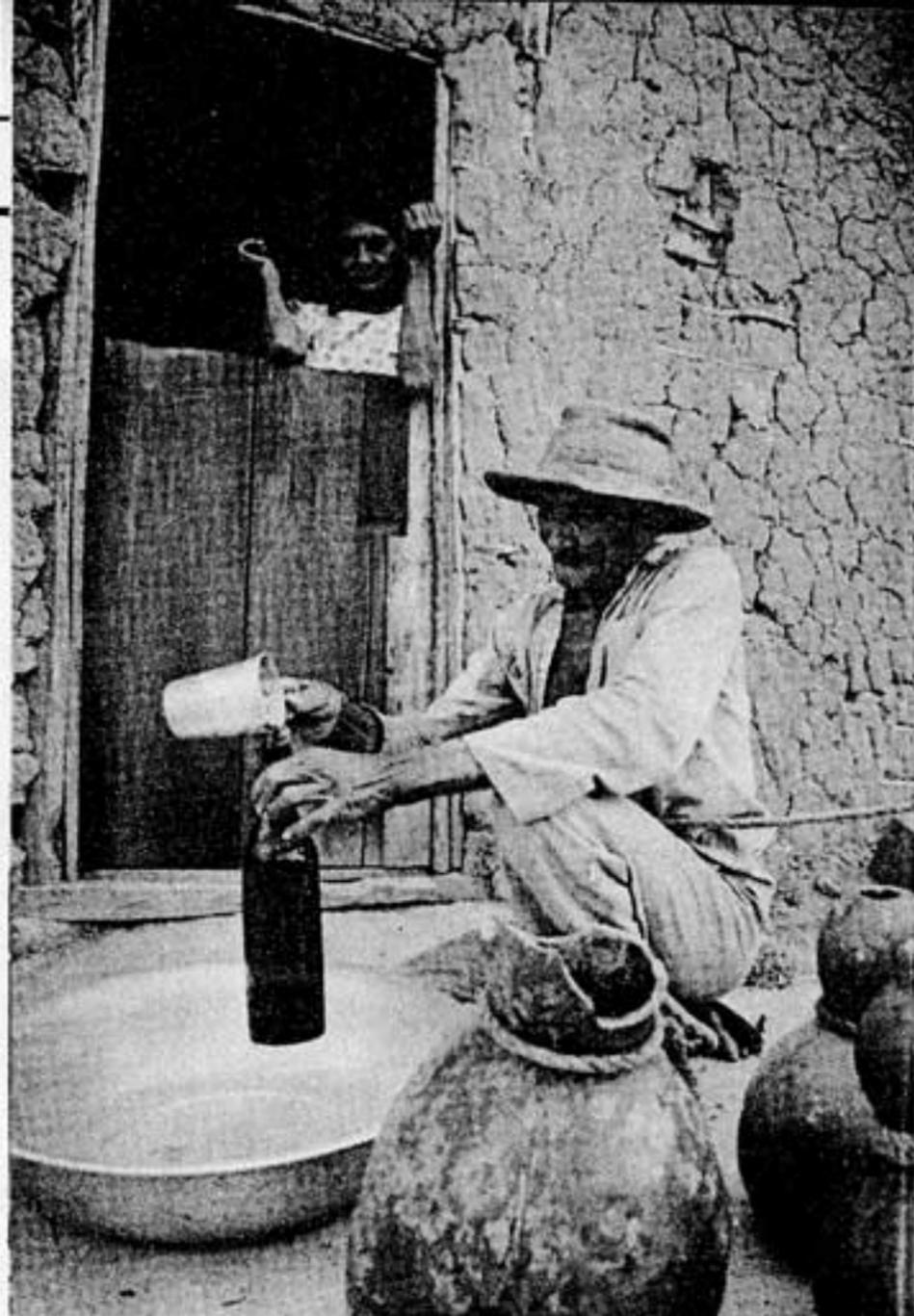
MARCELINO CEREIJIDO**



Con toda seguridad que el mentado Chagas debía ser uno de esos ricachos a los que un chofer de gorra y galones le conduce el coche, un ex-boxeador enmiseriado le lustra los zapatos encorvándose sobre su cajoncito, y un jardinero sarmentoso y desarrapado le quita los yuyos de su jardín y le abona los rosales. O si no "Chagas" sería quizá alguna empresa del Centro, de aquellas que entregaban a mis vecinos hatos de ropa para que le hicieran ojales y le cosiesen botones, o de las que enviaban planos en lápiz para que Mario los pasara en tinta china. Mucha gente de mi barrio llevaba la contabilidad de otro, componía los coches de otro, zurcía los jirones de otro y tejía tricotas para los demás. Pero lo de Chagas ya me pareció un exceso.

La noticia se propagó en el vecindario con ese *sottovoce* que asegura la eficiente diseminación de los secretos. Nadie se hubiera detenido ante un par de vecinos que se transmitían una noticia en tono y volumen cotidianos. Pero si Doña Carmen hacía bocina con sus dos manos contra la oreja del repartidor de sifones, y éste iba cabeceando su comprensión con las comisuras de la boca descolgadas, uno debía cruzarse a la vereda de enfrente a preguntar de qué se trataba. Yo era un niño y a mí no me lo hubieran confiado. Pero en casa el almuerzo era poco menos que una conferencia de prensa y mi abuela lo anunció con lúgubre claridad: "La prima de Faustino tiene la enfermedad de Chagas".

- * Del libro *Recuerdos y Milanesas* que escribiré en cuanto tenga tiempo.
- ** Investigador del Centro de Investigación y Estudios Avanzados, IPN.



¡Ayjuna! En parches me fui enterando de que la mujer, una campesina recién integrada al barrio, tenía su corazón y sus músculos debilitados por aquella enfermedad. Por eso que ya no trabajaba en la hilandería y se quedaba en casa. Por eso no baldeaba más su vereda, obligando así a que lo hiciera su anciana tía —madre de Faustino—. Por eso no la dejaban acarrear la bolsa de compra y daba propina a un changador para que la acompañara a la feria. ¡Esos ricos desalmados! Para colmo me enteré de que el Chagas

ése era brasileño y ni siquiera vivía en nuestro país. Se humilló entonces mi patriotismo incipiente (Y conste de que en aquellos años tempraneros no había oído yo de imperialismos ni ruindades internacionales). Por eso me propuse que cuando yo fuera presidente de la República —cargo que ya me había augurado mi abuela— no iba a permitir que argentino alguno, por más pobre que fuera, se viera precisado a ganarse la vida padeciendo enfermedades ajenas. Y menos la de Chagas: un extranjero.

